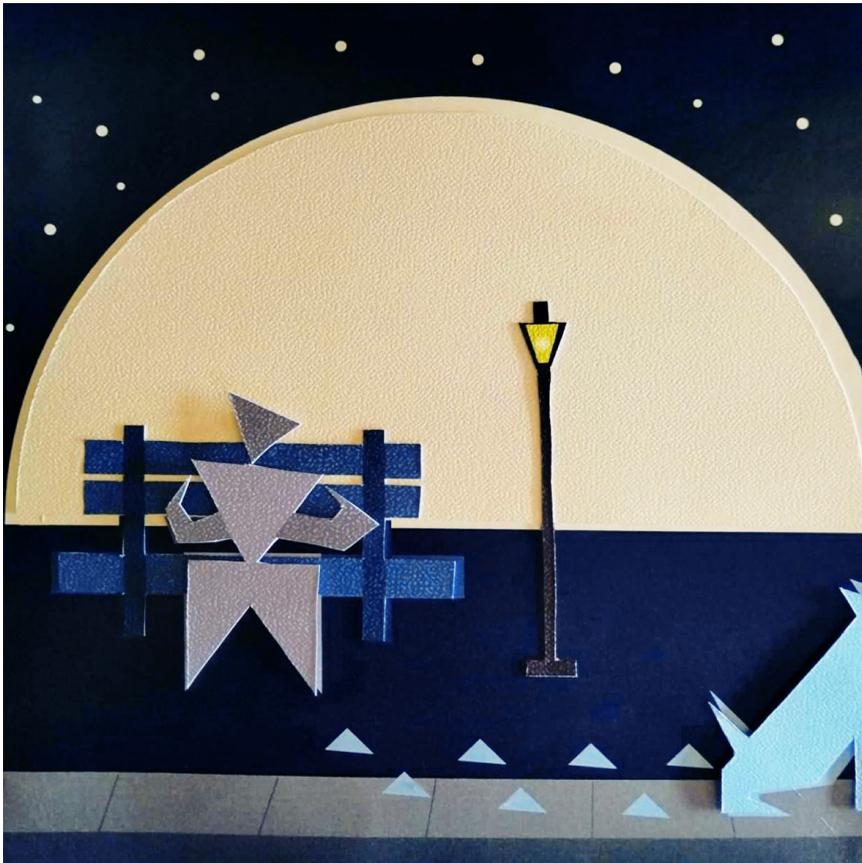


_ENTREVISTA



“Suerte de Perro” Libro-Objeto, escena 7.

José Pablo Martín Cuyan; Erick Navarro; Deby Julissa Toj, estudiantes del curso Proyecto de Integración primer ciclo, año 2023. Licenciatura en Diseño Gráfico, Escuela de Diseño Gráfico, Facultad de Arquitectura de la Universidad de San Carlos de Guatemala, bajo la dirección de la profesora Sara Mishell Cruz Ortiz.

“El Decano rebelde” "The Rebel Dean"

Entrevista realizada a Gilberto Castañeda por Byron Rabe
Interview to Gilberto Castañeda by Byron Rabe

Byron Rabe*

Universidad de San Carlos de Guatemala
<https://orcid.org/0009-0000-5408-2038>
Guatemala, Ciudad de Guatemala.



Fecha de recepción: 24 de noviembre del 2022.

Fecha de aceptación: 14 de abril del 2023.

Correo: Byron.rabe@farusac.edu.gt

Resumen

En 1972 se realizó el Congreso de Reestructuración de la Facultad de Arquitectura conocido con las siglas CRA, que se convirtió en un movimiento conocido por esas siglas y que se desarrollaría durante el resto de esa década. Uno de los principales actores del movimiento fue el arquitecto Gilberto Castañeda. La entrevista se desarrolló durante varias sesiones. Inicialmente se tuvo un acercamiento durante la presentación de un Foro sobre el Congreso de Reestructuración de la Facultad de Arquitectura -CRA- en el Colegio de Arquitectos, que se realizó en conmemoración del 50 aniversario del congreso. Luego algunas preguntas y respuestas escritas e intercambio de información por correo electrónico y, dos sesiones desde México, por medio de Zoom durante agosto de 2022. Finalmente, luego de la publicación del Libro El Movimiento que transformó la Facultad de Arquitectura, CRA, se hicieron algunos ajustes a solicitud del entrevistado. La conversación se enfocó en las percepciones, vivencias, documentos y recuerdos de Castañeda durante el proceso de transformación.

Palabras clave:

Educación superior, historia de la Facultad de Arquitectura, movimientos estudiantiles de Latinoamérica, Planes de estudio De arquitectura.

¹ Arquitecto, con maestrías en Administración Pública y en Docencia Universitaria y un posgrado en Arquitectura turística para el desarrollo sostenible. Es doctor en arquitectura candidato a doctor en Investigación Social. Docente de arquitectura y diseño gráfico por más de 40 años. Fue decano de la Facultad de Arquitectura y actualmente es investigador en la Dirección de Investigación de la Facultad de Arquitectura de la USAC.

Abstract

In 1972, the Congress for the Restructuring of the Faculty of Architecture, known by the acronym CRA, was held, which became a movement known by those acronyms and would develop during the rest of that decade. One of the main actors in the movement was the architect Gilberto Castañeda. The interview took place over several sessions. Initially, there was an approach during the presentation of a Forum on the Restructuring Congress of the Faculty of Architecture -CRA- at the College of Architects, which was held in commemoration of the 50th anniversary of the congress. Then some written questions and answers and exchange of information by email and, two sessions from Mexico, through Zoom during August 2022. Finally, after the publication of the Book El Movimiento that transformed the Faculty of Architecture, CRA, Some adjustments were made at the request of the interviewee. The conversation focused on Castañeda's perceptions, experiences, documents and memories during the transformation process.

Keywords:

Higher education, history of the Faculty of Architecture, student movements in Latin America, Architectural study plans.



Fotografía de Gilberto Castañeda Sandoval, fuente: Byron Rabe, 2023.

Gilberto Castañeda Sandoval

ingresó a la Universidad de San Carlos de Guatemala en 1965, cuando estaban en plena vigencia los estudios básicos en la Escuela de Estudios Generales. En 1967 se incorporó al tercer ciclo de la Facultad de Arquitectura. En poco tiempo se integraría a la Asociación de Estudiantes de Arquitectura (AEDA), sería representante estudiantil ante el Consejo Superior Universitario (CSU) en 1968 y Presidente de la AEDA en 1970. Luego asumiría un claro liderazgo en el movimiento que llevó a que en 1972 se realizara el Congreso de Reestructuración de la Facultad de Arquitectura (CRA).¹

Se graduaría de arquitecto en 1973. Ese mismo año sería nombrado secretario de la Facultad por la

Comisión de Dirección y Administración (CDA) nombrada por el Rector Rafael Cuevas Del Cid con instrucciones del CSU, para reestablecer la institucionalidad académico-administrativa de la Facultad. Cuando Lionel Méndez Dávila asumió como Decano electo, continuó en el cargo hasta que, a partir de abril de 1975, fue nombrado Coordinador de la Unidad Técnica de Arquitectura (UTA-ARQ) de la cual renunció a finales de 1976. En 1979 fue electo Decano de la Facultad, cargo que, debido a la conflictiva situación que vivía el país y a diversas amenazas y agresiones contra la Universidad, mantendría hasta septiembre de 1980. Tras su partida, lo que quedaba del movimiento fue desvaneciéndose paulatinamente.

Actualmente, Castañeda reside en Valle de Bravo, Estado de México, en donde se desempeña como asesor en temas ambientales, especialmente en relación con la sustentabilidad en la construcción.

¿Cuáles fueron las principales causas que originaron el movimiento de reestructura?

Desde mediados de los años 60, estudiantes como Hermes Marroquín –primer egresado de la Facultad dedicado después a la planeación urbana y regional– conformaron la corriente que balbuceaba ya la necesidad de una mayor correspondencia entre la formación de arquitectos y la realidad nacional. Otros integrantes de ese grupo fueron Rodolfo Córdova, quién dedicó su tesis al tema, rompiendo con el predominio del desarrollo de proyectos arquitectónicos entendidos exclusivamente como edifi-

¹ El CRA dio origen a un movimiento estudiantil que revolucionó las bases políticas y académicas de la Facultad de Arquitectura durante la década de los años 70. Para mayor información ver: Byron Rabe, El movimiento que transformó la Facultad de Arquitectura, CRA. USAC, 2022

cación, y Lionel Méndez con su interés por la teoría e historia de la arquitectura y la difusión del movimiento de renovación de la plástica guatemalteca, tal como el que fue encabezado por el Grupo Vértebra integrado por el arquitecto Elmar René Rojas y los artistas Roberto Cabrera y Marco Augusto Quiroa.

En una fecha bastante temprana, en 1962, la AEDA presentó a la Junta Directiva un pliego de sugerencias para modificar el Plan de Estudios. Lamentablemente, tal como fue la constante hasta el estallido del conflicto en 1972, no se obtuvo respuesta positiva alguna. Al parecer, ya desde entonces dominaba entre las autoridades de la Facultad y me atrevo a decir que en la mayoría de sus profesores, la idea de que los estudiantes no tenían nada que decir al respecto.

Más adelante, en 1964, los estudiantes Rodolfo Córdova y Carlos Brichaux presentaron una propuesta para integrar en una sola asignatura las materias de Composición Arquitectónica y Taller de Edificación. Para ellos era importante lograr un enfoque integrador de esos conocimientos ya presentes en el pensum, ambos claves en la formación de arquitectos. Nuevamente, no lograron los resultados buscados.

A todo ello se sumaron, finalmente, los esfuerzos institucionales tendientes a la transformación universitaria vista en su conjunto, los que tuvieron como cúspide el rectorado de Rafael Cuevas del Cid (1970-1974). Así, estos fueron sin duda alguna, factores adicionales relevantes para lo que más adelante sería el CRA.

También me parece importante señalar la influencia que sobre el proceso tuvieron otras experiencias renovadoras como la que iniciaron, en 1966, los profesores y estudiantes de la entonces Escuela Nacional de Arquitectura (ENA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), más adelante constituida como Facultad, que finalmente logró la aprobación del Autogobierno por el Consejo Superior Universitario, en 1975, y del Plan de Estudios 1976. También fue importante el contacto con estudiantes que participaron en el movimiento del 68, en Francia, el que, entre otros resultados, contribuyó a la sustitución de la Escuela de Bellas Artes de París por un conglomerado de unidades pedagógicas que se orientaban según cada grupo académico decidía –ellos pertenecían la UP 7–. Hay que sumar, además, la convivencia e intercambio estudiantil en el 1er. Congreso Centroamericano de Estudiantes de Arquitectura, organizado por la AEDA en septiembre de 1969, en el que se abordaron temas centrales como el de la arquitectura, el urbanismo y el medio social centroamericano, así como la formación de los estudiantes de arquitectura en Centroamérica.

¿Cómo se logró cohesionar al sector estudiantil para apoyar el proceso?

Fue resultado, como siempre ocurre en los movimientos sociales, de un proceso continuado que inició con el 1er. Seminario “*El Estudiante de Arquitectura*”, en 1966, le siguió en 1970 el 2º Seminario “*El Estudiante de Arquitectura*” con el objetivo de enfrentar la crisis de la asociación estudiantil (AEDA) debido a que no se presentó ninguna propuesta para las elecciones de la nueva Junta Directiva.

Paulatinamente se recuperó la representatividad de la AEDA y se hicieron más estrechos los vínculos de la dirigencia con los estudiantes ya que los representantes de cada promoción ante la Junta Directiva estudiantil se constituían en cadena de transmisión de doble vía entre aquella y sus representados. Me correspondió ser entonces el presidente de la AEDA, una de cuyas principales demandas fue la de hacer realidad los trabajos de la Comisión Evaluadora (paritaria) del Plan de Estudios, integrada a finales de 1969, cuya necesidad era más que evidente, tan solo si se quiere, por el cierre de los Estudios Generales, en 1968. Este cierre significó la reincorporación de los dos primeros años de estudio a la Facultad y un crecimiento explosivo del número de estudiantes que pasó de 188, en 1968, a 504 en 1969. De hecho, la Junta Directiva había aprobado ante sí y por sí un “nuevo” Plan de Estudios para hacer frente a esa ampliación del pensum, sin considerar las importantes limitaciones de la estructura académica vigente.

Mientras tanto, los cambios en la AEDA insuflaban nuevo vigor a la dinámica estudiantil, por ejemplo, mediante el estímulo a los grupos de atletismo y andinismo, a las actividades culturales, a las representaciones ante el Consejo Superior Universitario y la AEU, etc. Además, se dio la participación de la delegación de la AEDA que se envió al V Congreso Centroamericano de Arquitectos, celebrado en Managua, Nicaragua, en noviembre de 1970, en momentos en los que, pese a la dictadura somocista, los estudiantes nicaragüenses alzaron la voz contra su exclusión de aquel evento y contaron con nuestro apoyo. Así, los estudiantes participamos en las movilizaciones y los paros realizados en 1971 contra la represión y el Estado de sitio del gobierno de coronel Arana Osorio, encabezadas por el movimiento sindical y popular. Todo ello alimentó la toma creciente de conciencia del papel de los estudiantes en su propia formación y del valor de sus planteamientos, al tiempo que se rompía la imagen elitista que teníamos como Facultad.

Luego vino el 3er Seminario “*El Estudiante de Arquitectura*” y *la demanda reiterada de evaluación del Plan de Estudios*, en octubre de 1971, con el tema “El Plan de Estudios y su proyección al medio nacional”. Esta era la respuesta del sector estudiantil a la dilación que venían teniendo los trabajos de la Comisión (paritaria) de Evaluación, integrada un año antes, dado el incumplimiento reiterado de la Comisión de Docencia de la Facultad, integrada por los cinco jefes de departamento, al amparo y con el estímulo de las autoridades académicas que buscaban darle largas al tema y, por esa vía, lograr desviar o diluir las exigencias estudiantiles. El resultado fue todo lo contrario: Con esa posición alimentaron todavía más la toma de conciencia y la decisión de los estudiantes, que con el apoyo de los profesores que compartían sus inquietudes, se mostraron crecientemente proactivos hasta arribar al CRA.

Hasta ese momento, la exigencia de cambio del plan de estudios aún no calaba tan hondo como ocurriría más adelante, al ligar la formación profesional con el aporte a la solución de los problemas nacionales en los que se ve involucrada la Arquitectura. Por ese entonces, la preocupación dominante se centraba en la evidencia cada vez era más patente del creciente estrechamiento del mercado de la construcción en el marco de la crisis del Mercado Común Centroamericano.

En ese contexto, se hizo más evidente todavía la emergencia de la cuestión urbana como problema que atañe a los arquitectos, especialmente, en cuanto a la precariedad de la vivienda popular, la falta de una infraestructura adecuada de servicios sociales como centros de salud, escuelas, áreas de convivencia y reunión y de recreación, deportes y cultura, etc.

De esta manera, empezaron a conformarse los términos clave de la confrontación final en el seno de la Facultad. Por una parte, se fueron decantando aquellos que tenían simplemente una preocupación sobre su futuro profesional y los que suscribíamos la necesidad de establecer un compromiso con las mayorías desposeídas del país, atendiendo sus legítimas demandas de bienestar, por ejemplo, en los campos de la vivienda y la infraestructura de servicios comunitarios, íntimamente ligados a la extrema concentración y desigualdad que se vivía en Guatemala.

En todo caso, en un inicio, estas diferencias no se hicieron evidentes y, de hecho, permitieron una acción unificada en el impulso del CRA. Pero, fue una unidad temporal que empezó a romperse conforme el CRA, en el avance de sus trabajos, fue poniendo en claro la vocación mayoritaria hacia un cambio más profundo en el enfoque de la formación de los arquitectos. De ello derivó la confrontación entre lo que llamo el “bloque de la reestructura”, integrado por los estudiantes, profesores y arquitectos que compartían la necesidad de un compromiso de la arquitectura con su pueblo, y sus opositores, posteriormente aglutinados en la agrupación que llamaron “Estudiantes de Arquitectura” (EDA) con la evidente intención de confundir y retrasar el proceso. Baste recordar como ejemplo que designaron como su presidente a Federico Jiménez, siendo que el presidente de la AEDA era Héctor Jiménez.

¿Cuál fue la participación del sector docente y profesional en el desarrollo del Congreso?

Siempre hacer recuentos como éste conlleva el riesgo de olvidos y errores, sobre todo, luego de 50 años de ocurridos aquellos acontecimientos. Sin embargo, me parece importante recordar a los profesores, profesionales y estudiantes que apoyaron abiertamente el proceso o que estuvieron dispuestos a que este avanzara. Me centro, principalmente, en aquellos que participaron dentro de las estructuras institucionales de la Facultad o dentro de la organización de los procesos ligados al CRA. Me refiero a los integrantes del Directorio del CRA: Lionel Méndez Dávila (Vocal 1º de la Junta Directiva de la Facultad y representante ante el Directorio), Mario Rodas (representante del claustro) y José Asturias (representante del Colegio de Arquitectos). Así, también, a René Minera (jefe de departamento que apoyó la evaluación del Plan de Estudios, pese a que no fructificó en su momento), Ricardo Alonso, Carlos Brichaux, Elmar Rojas, Guillermo Gomar, Francisco Méndez, Manuel Pinelo, Erwin Solórzano, entre otros. También dieron su aporte en diversos momentos Hermes Marroquín, Adolfo Lau, Augusto de León, Alfonso Yurrita, Roberto Morales, Miguel Ángel Santa Cruz y Francisco Chavarría, por ejemplo.

Entre quienes se opusieron al cambio destacan Carlos Asensio (decano de la Facultad), Carlos de León y Víctor Cohen (vocales 2º –catedrático– y 3º –profesional– de la Junta Directiva), Augusto Vela (secretario de la Facultad), Claudio Olivares (representante

tante catedrático ante el Consejo Superior Universitario), Víctor del Valle (presidente del Claustro), los antiguos jefes de departamento Guido Ricci, Arturo Molina, Roberto Aycinena y Roberto Ogarrio, así como Mario Flores quién en 1973 fue candidato a decano postulado por ese grupo.

¿A nivel estudiantil quienes eran los integrantes activos del grupo del CRA?

Desde luego, los representantes estudiantiles ante el Directorio del CRA: Pedro Asturias, Mario René Villagrán y yo, así como el presidente de la AEDA, Héctor Jiménez y los estudiantes Luis Estrada y Jorge Rousselin (vocales 4º y 5º de la Junta Directiva). También participaron Silvia Morales, Anne Arévalo, Gladys Mendizábal, Gilberto Morales, Horacio Mendizábal, Francisco Rodas, Fernando Masaya, Sergio Duarte, Fernando Pepió y Flavio Quezada, entre otros. Hubo algunos más que no estuvieron en el Congreso, pero que cuando se incorporaron a la Facultad, apoyaron el proceso de cambio.

Del lado opositor hay que mencionar a Federico Jiménez, presidente del grupo Estudiantes de Arquitectura, Zoemia Prado, Otto Diemeck, Marco Ordóñez y Enrique Mateu, por ejemplo.

¿Cuáles fueron las fortalezas del pensum 72?

La primera y principal fue la integración vertical, el problema fue que no era sencillo impulsarla y al final no llegó a realizarse como estaba prevista. Por eso, el terremoto de febrero de 1976 fue una gran oportunidad para poner a prueba la integración en la práctica. Debido a los conflictos que el vuelco a las prácticas de campo ocasionó dentro de la Facultad, los avances tenidos no llegaron a consolidarse. En el EPS, en 1979, se hizo un replanteamiento con Horacio Flores como coordinador y comenzó a funcionar mejor.

Otras fortalezas fueron la vertiente social en el ejercicio de la arquitectura, introducir la teoría e historia de la Arquitectura como un eje y la teoría de la arquitectura ligada a metodologías de diseño. Cabe destacar que las metodologías de diseño son útiles cuando se abordan temas nuevos; eran importantes, pero creo que paulatinamente se volvieron rígidas, algo así como un conjunto de “recetas” que aseguraban el “éxito” del diseño.

¿Cuáles fueron las debilidades del pensum 72?

La principal debilidad fue que no se llegó a volver común y presente en el pensamiento de la comunidad la idea de arquitectura que estaba en la base del cambio. Tampoco llegó a formularse con la profundidad requerida. Al no existir una teoría de la arquitectura es fácil entender porque algunos la entendían de diferente modo. La idea de arquitectura que estaba en la base del cambio, la concebía a ésta como un trabajo, como una práctica técnica, no como arte en sí, porque esta posibilidad es un resultado que depende de la capacidad estética e intelectual del arquitecto. Si hubiéramos avanzado más en esa línea nos habría ayudado.

La otra debilidad fue la incorporación de nuevos profesores, con práctica profesional, pero sin formación como académicos. Hubo buenos profesores como Adolfo Lau o Augusto de León que se orientaron a la sistematización del diseño. También, Ricardo Alonso en la integración que se buscaba con el Taller Síntesis o Miguel Ángel Santa Cruz y Francisco Chavarría en los temas técnicos y de planeación. Me faltaría agregar otros más pero la memoria no siempre ayuda.

Había muchos elementos precarios. Podríamos haber avanzado más si no se hubiera atravesado tanto problema, tanto internos como externos. El plan se comenzó a impulsar a mediados de 1973, luego en el 76 vino el terremoto y en el 79 y 80 otra interrupción, marcada especialmente por la ofensiva represiva en contra de la Universidad. No hubo manera de concretar. El contexto del proceso fue muy complicado. Finalmente, a partir de los años 80, se perdieron varios de los avances logrados.

¿Cuál fue la relevancia de la Comisión de Dirección y Administración de la Facultad nombrada por el CSU?

Hay que destacar la importancia de que dos de sus integrantes, los médicos Jorge Rosales y Arturo Soto, había formado parte de los llamados “Doce Apóstoles” que llevaron a feliz puerto los cambios de la enseñanza de la medicina a mediados de los años 60. A ellos se sumó el estudiante Luis Zurita, representante estudiantil ante el CSU por la Facultad de Ciencias Químicas y Farmacia. Se trataba de un grupo que entendía los problemas que enfrentábamos y compartían nuestros objetivos de transformación y estaban dispuestos a resolver los problemas creados por la disolución de la Junta Directiva ante la renuncia de sus integrantes y el sabotaje que el inició del *Plan de Estudios 1972* enfrentaba, ya que varios profesores no cumplían con su cometido y tampoco se retiraban de la Facultad.

Una primera medida fue resolver, paso a paso, el tema de la estructura del gobierno académico. Para ello la Comisión me nombró Secretario de la Facultad, teniendo como encomienda principal resolver el impase administrativo y la transición hacia el nuevo plan de estudios. En cuanto a los profesores titulares, en su mayoría ausentes, se generaron los expedientes necesarios para formalizar su real situación y, de ser el caso, dar por terminada su relación contractual. Otro paso fue poner en operación los organismos previstos en el *Proyecto de Reestructuración*, básicamente, la Junta de Evaluación y Docencia y la Coordinación Académica.

En diciembre de 1973, se convocó a concursos de oposición para las plazas vacantes –bastante numerosas– y las nuevas cátedras incorporadas al currículum. Mediante esas acciones, ya en julio de 1974 fue posible integrar la nueva Junta Directiva.

¿Cuándo comenzaron los problemas al interior del bloque del CRA?

En general, Todo el proceso estuvo lastrado por los conflictos internos, no necesariamente, ni solo dentro del bloque del CRA, sino respecto al conglomerado participante. Conforme el CRA fue progresando en su desarrollo y se empezó a perfilar una corriente hegemónica –aunque no suficientemente cohesionada, podemos decir ahora–

en torno al compromiso social del arquitecto y una formación científica y técnica que lo apuntalara, las discusiones fueron rebasando el nivel meramente “académico” al incorporar los retos “políticos” que conllevaba esa reorientación formativa en un país como Guatemala. Si a ello sumamos la posterior discusión sobre el autogobierno –que finalmente conllevó a una propuesta alterna que conservó la presencia de la Junta Directiva en convivencia con un Consejo de Facultad paritario–, es fácil entender que la “unanimitad” inicial crujiera y que se conformará un grupo que, aun cuando era minoritario dentro del CRA, se orientó a bloquear el proceso.

En 1973, los sectores opuestos al cambio en curso intentaron mantenerse dentro de la Junta Directiva mediante la elección del nuevo decano 1973-1977. Fracasado ese intento, al quedar electo el arquitecto Lionel Méndez, su respuesta fue la renuncia de la mayoría de los profesores para formar una nueva Facultad en la Universidad Rafael Landívar, así como la desintegración de la Junta Directiva, con lo que quedó acéfala la administración de la Facultad durante un tiempo que habría sido valioso para el inicio del cambio.

¿Cuál fue el papel del Consejo de Facultad en el inicio de los conflictos?

El apoyo del Consejo Superior Universitario a los cambios que se impulsaron desde un inicio, fueron claves. Hace poco, Byron, me compartiste una foto de la mesa que presidió la inauguración oficial del CRA en la que participaron el Rector, Rafael Cuevas del Cid, y el Secretario de la Universidad, Roberto Díaz Castillo. Ellos y una mayoría de representantes dentro del Consejo fueron claves para los avances tenidos.

Sin embargo, por razones que me parece tenían que ver con la legislación universitaria y las dificultades que había para hacer los cambios que se necesitaban, el Consejo Superior Universitario no aprobó la propuesta del autogobierno y la sustituyó con un órgano paritario para la gestión académica (el Consejo de Facultad) que habría de convivir con la Junta Directiva; se conformó, así, un escenario de futuras confrontaciones. De hecho, la integración por primera vez de este Consejo fue el punto de partida del grupo que apoyaba el cambio promovido con el CRA.

El conflicto llevó a la renuncia de los integrantes del Consejo de Facultad. En ese marco se realizó el 1er. Congreso de Evaluación (Coneval), pero no tuvo los resultados esperados; ni siquiera hubo un informe. Sin duda, una profecía confirmada. Tiempo después, la ruptura se hizo más profunda, en torno al vuelco de la Facultad a las actividades de reconstrucción luego del terremoto de 1976.

¿Cuál fue el conflicto durante 1976 que llevó al rompimiento del bloque de la reestructura?

Considero que ocurrió, por una parte, debido a la oposición de un sector estudiantil muy dinámico y cohesionado, ligado al movimiento popular, que cuestionó la participación en la reconstrucción posterior al terremoto, dado que era encabezada por el gobierno militar. Por la otra, se dio el rechazo de algunos integrantes del claustro que no compartían del todo el compromiso social de la arquitectura y la importancia del trabajo de campo, por encima del trabajo en el aula.

Dentro del grupo que impulsábamos el Plan de Integración con el que se orientó la participación de estudiantes y profesores en la reconstrucción, estábamos conscientes de esos problemas y retos, sin embargo, considerábamos que el control oficial del proceso de reconstrucción estaba condicionado por la dimensión del daño, por la inevitable apertura del régimen militar a la participación de múltiples sectores, la numerosa población involucrada y las contradicciones sociales cada vez más agudas. Y, por tanto, que era dable intentar aprovechar la brecha para los desarrollos que el nuevo enfoque de la Facultad requería. En todo caso, los conflictos ante este enfoque fueron inevitables.

Lamentablemente, a mi parecer, el entonces decano Lionel Méndez terminó por naufragar en el mar de contradicción que el *Plan de Integración* había generado en el seno de la Facultad. Por una parte, estaba su interés por continuar por la senda abierta por el CRA y, al mismo tiempo, su pretensión de ganar el mayor número de adeptos con vistas a su candidatura en las elecciones de nuevo rector a realizarse en 1977.

Al principio, Lionel estaba en medio, pero terminó rompiendo con el bloque de la reestructura, echándonos a todos.⁷ Fue una confrontación muy dolorosa. Desde luego, no fue solo una cuestión de “personalidades”, sino, sobre todo, una cuestión de fondo que estaba larvada desde el momento en que las decisiones finales del CSU sobre el autogobierno generaron una elevada concentración de autoridad en el decano al presidir la Junta Directiva y el Consejo de Facultad.

Finalmente, todas estas contradicciones nos impidieron seguir adelante y no es posible saber qué tanto habríamos podido avanzar por esa vía. Es más, la escalada represiva con la que concluyó el decenio de 1970 e inició el decenio de 1980, borró cualquier posibilidad. Baste recordar la represión abierta contra el movimiento popular y democrático y, en el caso de la Facultad, el hostigamiento y persecución de quienes participábamos en el trabajo de campo. El secuestro y asesinato del Arq. Horacio Flores, director del EPS, a mediados de 1980, fue la puntilla para quienes aún aspirábamos a una Facultad comprometida con su pueblo.

¿Cómo afectó al proceso de reestructura la situación política de Guatemala en los años 70-80 y en especial la represión hacia la Universidad?

A mi manera de ver, fue un factor clave. De hecho, la escalada represiva de esos años vulneró cualquier posibilidad de desarrollo académico en la Facultad y en la Universidad en general. Por eso, considero que es posible subrayar que, fue ese factor extrauniversitario el que impidió en definitiva seguir adelante. De hecho, a finales de 1978, superados los conflictos que rompieron al “bloque de la Reestructura” a finales de 1976, fue posible integrar una Plataforma Democrática de Arquitectura que me

⁷ En 1976 renunciaron Julio Fonseca, Gilberto Castañeda, Eduardo Sosa coordinador de Área 3; Ricardo Alonso coordinador del nivel profundidad del Taller Síntesis [donde se buscaba la integración de conocimientos en torno a proyectos surgidos de la realidad]; Carlos Brichaux, coordinador del nivel medio y el profesor Mario René Villagrán coordinador del nivel Inicial. Luego, a partir de enero de 1977 llegaron los despidos o la falta de contratación de quienes habían apoyado la reestructuración, entre ellos Jorge Rousselin, Horacio Flores, Luis Benítez, Jorge Ramírez, Anne Arévalo, Juan Fernández, y el arquitecto Carlos Brichaux. Más adelante, con la elección de Castañeda como nuevo decano, varios de ellos se reintegraron a la Facultad.

postuló como Decano y logró la unanimidad de votos de los tres colegios electorales. Con esas bases se planteó el Plan de Trabajo 1979-1983, con el que se buscaba una recomposición de fondo de la Facultad a partir de una colaboración amplia de los distintos sectores que la componían. Pienso que ya para entonces las experiencias pasadas habían sido bien asimiladas.

Así, con base en los logros en la búsqueda de unidad dentro de la Facultad, iniciamos el año de 1980 con optimismo, que al final resultó infundado. Como ya dije, el gran valladar fue el terrorismo de Estado en ascenso, el que, a partir de la masacre de Panzós, el 29 de mayo de 1978, se extendía a otras regiones y ámbitos del país. La masacre en la Embajada de España, el 31 de enero de 1980, fue un campanazo que nadie pudo dejar de oír...

¿Qué dejó el CRA a la Facultad?

¿Cuáles fueron sus principales logros y aportes?

Hay que destacar, sin duda, la incorporación de contenidos nuevos en los ámbitos de las ciencias sociales, el urbanismo, la teoría del diseño y la arquitectura. La vinculación creciente entre docencia, investigación y extensión mediante proyectos de servicio social a lo largo de la carrera. El impulso del Ejercicio Profesional Supervisado como opción de graduación alejada del enfoque meramente teórico de los proyectos de tesis, con lo que los estudiantes se acercaban a la realidad, aunque fuera en el ámbito relativamente restringido de alguna comunidad del interior del país (más adelante se incluyeron los barrios populares de la capital), mediante su permanencia continuada durante un semestre abocados a proyectos concertados con sus habitantes, contando con el seguimiento y apoyo de sus profesores.

Desde luego, también fue importante constatar en la práctica las bondades de la paridad materializada en el Directorio del CRA y de la toma de responsabilidad que los estudiantes demandábamos, al tiempo que se mostraban las posibilidades de darle cabida dentro de la estructura académica. Sin embargo, la solución final que se dio con el Consejo de Facultad no resultó muy feliz que se diga. Sin duda, este fue el resultado de un camino que estuvo plagado de obstáculos institucionales insalvables y, a la vez, de inseguridades y de tropezones ante lo nuevo.

Lamentablemente, los intereses personales y de grupo también se cruzaron en este trayecto. En todo caso, con el nuevo enfoque de la carrera se rompió con la visión individualista de la formación y los estudiantes, en una amplia mayoría estuvimos dispuestos a "sacrificar" la actividad académica por el bien mayor del cambio estructural de la Facultad.

También se rompió con la visión preestablecida de que los catedráticos son los que saben y los estudiantes son los que aprenden al repetir los saberes que aquellos les transmiten. Por igual, se rompió con la visión del arquitecto como "iluminado" que puede actuar y resolver las demandas de la realidad por sí solo, al tiempo se hizo evidente la necesidad de trabajar en equipos multidisciplinarios y dar espacios a las teorías y a las técnicas de diseño, a la planificación de los asentamientos humanos,

a la comprensión lo más profundamente posible de la realidad nacional y de cada caso particular en que el arquitecto fuera llamado a actuar. Se trataba de contar con tecnologías apropiadas, en cuanto a que sean adecuadas al lugar, a la economía, a las condiciones sociales, a los recursos disponibles, etc., y que al mismo tiempo sean apropiadas por quienes participan y hacen uso de ellas, profesionales y comunidades. En definitiva, se abrió cauce a la importancia que en la formación y el ejercicio profesional tienen el diseño del entorno humano y la arquitectura concebida como práctica técnica...

¿Qué fue lo que te llevó a la decisión de dejar el cargo?

Yo formé parte de un grupo de decanos y de miembros del CSU que proponía cerrar la Universidad por decisión nuestra para que no se nos obligara a plegarnos al proyecto del régimen de que los propios universitarios abandonáramos el compromiso social de la Universidad. Considerábamos que no se podía seguir en una Universidad que era atacada de esa manera, que no tenía medios para enfrentar la acometida -ni era esa su función-- y que el cierre sería una denuncia de gran impacto. Pero, no quiso la gente cercana al rector Saúl Osorio, los que estaban en la AEU y en el sindicato y nos acusaron de traidores y entonces, ya no lo pudimos hacer. El entonces decano de Ingeniería, Raúl Molina, había asumido como rector en funciones y acabábamos de vivir la matanza indiscriminada de estudiantes, trabajadores, profesores, etc., que bajan de los autobuses frente a la rotonda de la Rectoría en el momento en que él asumía el encargo. Ante esa situación intentamos hacer un grupo para asilarnos en alguna embajada, pero ya no fructificó, entonces ¿qué quedaba? actuar de forma personal y me lancé entonces a denunciar y a irme. Había que fijar una posición y decir cuál era la razón de fondo. La universidad no podía enfrentar esa agresión que rebasaba el ámbito académico.

¿Cómo evalúas tus declaratorias en la carta al pueblo después de 42 años?

Refrendo lo que ahí digo. Luego, después de lo que siguió a su lectura, pienso que debía de haber explicado más claramente cómo me sumaba a la lucha del pueblo. Yo estaba pensando en el movimiento obrero, campesino, estudiantil, en los universitarios. Por eso sentí muy fuerte que al día siguiente el titular que sacó un periódico fuera: "Decano de arquitectura se suma a la guerrilla". Y me dije, si yo nunca hablé de la guerrilla. Yo dije que me sumaba a la lucha del pueblo. De hecho, ya tenía el plan de venirme a México y trabajar en la solidaridad y ayudar en lo que fuera necesario.

Se cuentan algunas anécdotas y se te calificó como el Decano guerrillero, por

eso hago las siguientes preguntas y podamos tener tu versión al respecto.

¿Te incorporaste con el movimiento revolucionario luego de dejar el decanato?

No. Yo nunca participé en el movimiento armado. En las noticias decían que algunas fuentes declararon que era miembro de la FAR, eso no era cierto.

¿Que luego de leer la carta al pueblo, saliste un momento del CSU y luego regresaste vestido de guerrillero y armado?

¿¡Qué!?. Risas. –Eso no es cierto.

**Que tu frase final fue una referida a un mural:
La revolución no se hace con el culo pegado al escritorio.**

Esa era una frase de “El Tecolote” (Arnoldo Ramírez Amaya), pero te puedo asegurar que no la usé. Yo sólo leí la carta de punta a punta y me fui.

¿Qué hiciste luego de tu salida de la Universidad?

Lo primero que hice, ya en México, fue buscar contactos con guatemaltecos que estuvieran ligados con alguna Universidad. En Puebla empecé en el primer semestre del 81 y luego en la UAM-Xochimilco y un poco después en la UNAM, en la Facultad de Arquitectura, en el modelo de autogobierno. Después me incorporé a posgrado donde obtuve la maestría en investigación y docencia.

¿Cuál ha sido tu actividad en México?

Estar en México me permitió profundizar en la comprensión de que el proceso del CRA, como fenómeno político-académico, había ofrecido poco en cuanto a la importancia de los consensos sobre puntos comunes o en los que se puede llegar a acuerdos sin transigir con nuestros principios. A diferencia de Guatemala, en la política mexicana predominan los grises y claroscuros; hay poco espacio para el todo o nada y así van avanzando los mexicanos en sus procesos. Ello no quiere decir, y lo comprendí poco a poco, que no haya momentos en que no puede haber transacción posible y el todo o nada termina imponiéndose. Siempre es posible llegar a un punto sin retorno. Lo importante es tratar de evitarlo.

Otra cosa que aprendí en México es el aporte que puede ofrecer la solidaridad y cómo ésta se da con relativa facilidad cuando la población goza de condiciones económicas aceptables. Luego del estallido de la crisis de los años 80, que devastó la economía popular, la solidaridad ya no fue la misma.

Por otra parte, en México me abrí camino en un ámbito que no conocía o conocía poco: El de la sustentabilidad, es decir, el del impulso de proyectos que buscan articular (no equilibrar porque eso depende de la naturaleza de cada uno de ellos) los tres factores esenciales del desarrollo social: El económico, el social y el ambiental. De hecho, en 1995, luego de la Cumbre de Río de 1994, tuve la oportunidad de formar parte de la recién creada Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) y durante el primer gobierno electo de la Ciudad de México, el de Cuauhtémoc Cárdenas, participé en el análisis integral del crecimiento y perspectivas de esta urbe -una de las más pobladas del mundo- y su entorno metropolitano, dentro de un grupo multidisciplinario encabezado por el arquitecto Emilio Pradilla Cobos.

Finalmente, en 2008, me trasladé a Valle de Bravo, uno de los llamados “pueblos mágicos” de México, ubicado al suroccidente de la Ciudad de Toluca, para impulsar el proyecto de creación de una asociación civil, el Programa VivA (viviendas ambientales), dedicado a investigar, difundir y capacitar en torno a tecnologías apropiadas de vivienda y el logro de la integralidad con su entorno, dando énfasis especial a las comunidades rurales. Actualmente, asesoro a varias empresas constructoras en un tema relativamente nuevo cuyo propósito es el de lograr construcciones cada vez más sustentables, en las que los factores de organización y funcionamiento, control de los impactos sociales y ambientales de las obras y el bienestar de los trabajadores en términos de salud, seguridad e higiene, forman un todo articulado.

Como podés ver, todo este recorrido me ha significado cerrar el ciclo iniciado en la Facultad, dentro de la vocación social de la Arquitectura, al gozar de la oportunidad que los mexicanos me han dado.

¿Qué lecciones te dejó el proceso?

Probablemente, el principal factor detonante de la crisis que llevó al CRA fue la centralización extrema de las decisiones por parte de la Junta Directiva y de un conglomerado docente, de poco más de 60 catedráticos, de los que menos de la mitad participaban en las decisiones del Claustro.

La crisis que sacó a luz el CRA pudo evitarse y conducirse por derroteros menos escabrosos. Sin embargo, las principales autoridades de la Facultad y la mayoría de los profesores mostraron una inquietante sordera ante las voces disidentes y ceguera frente a las oportunidades de cambio consensuado que se presentaron a lo largo del proceso que se desarrolló durante poco más de diez años, así como frente al descontento creciente y más que evidente causado por la falta de espacios para canalizar las inquietudes de cambio. A ello se sumó la falta de capacidad de esas autoridades para encauzar y confrontar las diferentes perspectivas. Dominó la visión de la autoridad como don incuestionable y la del catedrático como dador de conocimiento Vs el estudiante visto como receptor pasivo, repetidor de ese saber.

De hecho, en medio de la confrontación aguda de 1972, la asamblea general estudiantil buscó tender puentes, encontrar acuerdos. Personalmente, asistí a más de una reunión del claustro para explicar la posición del estudiantado y buscar consensos sin lograr mayores resultados. Se explica, así, que al final los avances obtenidos se dieron sobre la

base del vigor del movimiento que les impuso los pasos que fueron dado. Un ejemplo, la aprobación de la propuesta de reestructuración y la integración paritaria del Directorio del CRA. De modo que puedo afirmar que oportunidades hubo para encauzar el proceso sin la polarización que lo atravesó desde años relativamente tan lejanos, como el de 1966, cuando se buscó la evaluación del Plan de Estudios vigente sin resultado alguno.

Por otra parte, pienso ahora, a la distancia, que la confrontación interna, en la que terminó por ser parte significativa ganar o perder, no nos dejó espacios para otras posibilidades. Baste recordar que, dentro de esta tónica, la elección del decano 1973-1977 fue la última oportunidad de buscar alguna solución de compromiso. Así, el abandono de la Facultad por los opositores al CRA fue el resultado final y, me parece que fue inevitable y a la vez, enriquecedor ya que la diversidad siempre aporta, el monolitismo seca, agota.

¿Algunas conclusiones de esta experiencia?

Una conclusión es que, en las condiciones de confrontación social que vive Guatemala y dada la configuración actual del Estado guatemalteco como un Estado contrarrevolucionario, es difícil que tengan cabida proyectos como el que se planteó con el Proceso de Reestructuración. Sin embargo, sostengo que es inevitable el impulso de planteamientos como estos ya que son inherente a la naturaleza de la Universidad nacional y su compromiso social. La Universidad y los universitarios, en razón al estudio científico de la realidad que realizan y a su contacto con esa realidad, se ven en la necesidad de fijar posición ante la misma. En el caso de la Universidad nacional, la tendencia es a rechazar la miseria e injusticia en la que se debaten las mayorías populares y contra las cuales ellas están en lucha.

Esto es así porque en países como Guatemala, la actividad política es extremadamente precaria y perseguida. Por ello, la tendencia a que las instituciones que se caracterizan por la presencia y organización a su interior –bajo diversas formas acordes a sus finalidades– de extensos y diversos sectores sociales, asuman papeles políticos que en otras sociedades no les corresponderían. Tal es el caso, por ejemplo, de los centros de enseñanza, de los sindicatos, de las iglesias. Esta tendencia es todavía más fuerte cuando dichas instituciones –como es el caso de la Universidad– tiene por función principal el estudio, la reflexión y la discusión de la realidad y la propuesta de soluciones. Por eso, detectar la injusticia y la miseria de la población y rechazarla y oponerse a ella se convierte en un único acto.

Sin embargo, ahora los espacios de actuación son cada vez menos. Actualmente, hay que decirlo, la vida ciudadana está minada a fondo por el Pacto de Corruptos que ha cooptado a importantes sectores del poder económico y de los medios de comunicación social, así como todas las instancias del Estado, incluida la Universidad de San Carlos, llegando aún a penetrar al movimiento estudiantil y sindical de la Universidad, otrora abanderado de las causas justas, mediante la persecución y destrucción de sus líderes y la intervención en sus niveles de dirección.

No obstante, adicional a estos factores de orden general, el mismo Proceso de Reestructuración estuvo lastrado por su propias insuficiencias y limitaciones. Los pro-

blemas internos que enfrentó se dieron tanto a nivel académico-pedagógico como político-ideológico y ello fue –a mi manera de ver– en relación con una carencia fundamental: El no haber formulado desde un principio y con la profundidad del caso una teoría de la arquitectura capaz de sustentar y orientar los cambios que se propiciaban y, eventualmente, poder gestionar adecuadamente los conflictos particulares que atravesaron al proceso.

A ello hay que sumar las insuficiencias que hubo en cuanto a la concepción y puesta en práctica del proceso de enseñanza-aprendizaje y la formulación e impulso del autogobierno, aspectos ambos que complementaban y hacían posible la continuidad y profundización del proceso. En el primer caso, por ejemplo, en el primer año del nuevo Plan de Estudios incurrimos en una sobreexposición de los estudiantes a las demandas del conocimiento y comprensión de la realidad en la que se inscribían los proyectos arquitectónicos. Fue tal el error que dio lugar a lo que la ironía estudiantil llamó “aprobar los talleres con la máquina de escribir y no con la mesa de dibujo” y si bien fue corregido, lo más difícil fue escapar al encasillamiento en temas como la vivienda popular, las guarderías infantiles, los parques recreativos, las clínicas de salud, las escuelas primarias, etc., además de que no siempre podían llevarse a la práctica.

Por eso es importante subrayar que no hubo tiempo ni condiciones para desarrollar los fundamentos teórico-pedagógicos y su puesta en práctica de manera sistemática, lo que era indispensable para asegurar la cohesión de la formación de arquitectos. Ya se había logrado el cambio de enfoque, vinculando dicha formación a una realidad guatemalteca hasta entonces ignorada por los arquitectos. Lo que faltaba era desarrollar los planteamientos básicos que nos habían orientado hacia la conceptualización de la arquitectura que era indispensable, pero no hubo espacio ni tiempo.

Por ejemplo, desde el CRA se contaba con una formulación de la arquitectura que a mi parecer sigue siendo válida, si bien necesita de mayores desarrollos y su prueba en la práctica. Había una idea clara de que la arquitectura, en sentido general, se puede conceptualizar como trabajo, es decir, como actividad práctico-utilitaria destinada a la producción de soportes materiales de tipo inmobiliario necesarios para la vida en sociedad. Se trata, por tanto, de una especialidad dentro de las demás actividades productivas que buscan asegurar la reproducción de la sociedad, en este caso, de la sociedad guatemalteca.

La idea básica se puede resumir en que la finalidad primordial de la arquitectura es la de proporcionar a las personas o a las comunidades ciertos y determinados espacios (espacios habitables) en los que desarrollar las actividades por los que esos espacios son necesitados. Por ello, es indispensable que el proyecto sea concebido de manera tal que resulte apropiado a las necesidades e intereses que lo motiva, a las condiciones económica, materiales y técnicas disponibles y al entorno urbano o rural en que la obra arquitectónica habrá de inscribirse.

Es claro, entonces, que la arquitectura requiere como condición de existencia su materialización mediante los procesos constructivos que le correspondan y de su sanción en la práctica mediante el uso que le den a esos espacios aquellos a los que están destinados. La arquitectura establece así una nueva estructura física que impacta en

el espacio natural o en los espacios ya construido, en el terreno donde se implanta, en las dinámicas existentes, el contexto cultural e ideológico, etc., es decir, no es neutra. Por eso, se sostenía que el proceso arquitectónico debía comprender la integralidad de dos momentos esenciales: El del proyecto (prefiguración) y el de su puesta en práctica mediante su construcción y puesta en uso (materialización), teniendo como paso previo e ineludible el del análisis de las necesidades y condicionantes que lo motivan y limitan (investigación).

Fueron elementos que se incorporaron, principalmente, en los contenidos de los cursos de teoría y metodología del diseño, pero que no llegaron del todo a los talleres integrales (el Taller Síntesis) y menos llegaron a permear al enfoque general del pensum. Me parece que, si lo hubiésemos logrado, los tropiezos posiblemente habrían sido menores, junto a los factores de desgaste que, finalmente, determinaron el fracaso de la experiencia. Y desde luego, habría sido posible confinar la experiencia académica de modo que quedaran claros los conflictos políticos internos y el propio terrorismo de Estado como los factores principales condicionantes.

¿Tienes algún comentario para finalizar?

Únicamente, quiero felicitarte Byron por este esfuerzo de rescate de una experiencia que en sí misma ya es historia, historia que puede ser valiosa para cualquier otro proyecto renovador de la formación de arquitectos en Guatemala. De sus sueños, sus propuestas, sus fallas y errores pueden extraerse enseñanzas útiles. Espero haber contribuido en algo...